



**El payaso
debe morir
y otros cuentos**

PEQUEÑA ANTOLOGÍA
PERSONAL

Efraím Blanco

Para estos días en casa y para los días que vengan, para compartir con quienes tienen que salir a la calle, a los trabajos, a las oficinas, a las tiendas; para los jóvenes y los no tan jóvenes; para los que busquen historias fantásticas.

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de: Compartir, copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. La licenciente no puede revocar estas libertades en tanto usted siga los términos de la licencia.

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

En el primer volumen de Parerga und Paralipomena, releí que todos los hechos que pueden ocurrirle a un hombre, desde el instante de su nacimiento hasta el de su muerte, han sido prefijados por él. Así, toda negligencia es deliberada, todo casual encuentro una cita, toda humillación una penitencia, todo fracaso una misteriosa victoria, toda muerte un suicidio. No hay consuelo más hábil que el pensamiento de que hemos elegido nuestras desdichas.

Jorge Luis Borges

Cuando te pones un traje de payaso y una nariz de goma, nadie tiene ni idea de quién se esconde debajo.

Stephen King

Esos malditos zombis

¡Usted ahora es un zombi!

Dr. House

Ser un muerto viviente tiene sus ventajas.

Conforme han pasado los días han dejado de preocuparme algunos esquemas de la sociedad. La sociedad misma ha dejado de prestarme la misma atención que solía prestarme, lo cual también me parece perfecto. El otro día, un sujeto de traje y corbata vino a visitarme a la casa. Sospecho que quería cobrarme los impuestos, que tenía atrasadísimos antes de la infección, pero cuando abrí la puerta y pudo ver mis fachas, se disculpó cortésmente y lo vi anotar en una pequeña libreta: ciudadano no disponible.

Cuando la infección empezó, el gobierno hizo lo posible por ocultarla. Como siempre, la verdad, no los entiendo. La mayoría de la gente en las zonas más pobladas llevaba ya, en su ADN, la predisposición a contagiarse del virus. Así que las etapas de la gripe estacionaria y su rápida proliferación con los malditos frentes fríos en invierno, ayudaron a que la transformación no fuera tan notoria, pero sí precisa e indetenible. Para el primer fin de semana largo del año todos éramos unos malditos zombis.

Las primeras señales eran leves: dolores de cabeza, cansancio, catarro. Podrían ser cualquier cosa. Así que nadie podía hacer nada para curar la enfermedad, mientras

se elevaban las ventas de fármacos que ocultaban los síntomas.

Para cuando la familia del presidente de la república se vio de salvar a los que fuera posible. Pero era demasiado tarde. Las oficinas estaban plagadas de muertos vivientes. Los taxistas, las amas de casa y la clase política estaban todos convertidos en unos amasijos de carne que buscaban comida donde les fuera posible y batallaban para controlar su violencia. El espacio personal se redujo de manera considerable. Algo en los genes de un zombi lo hace buscar compañía. Por eso no es extraño verlos caminar hombro con hombro o en grupos que parecen andar hacia el mismo lugar.

En mi caso, he procurado evitar esos tipos de contactos con otros individuos infectados. Nunca he sido un tipo muy sociable y, si acaso, suelo correr para alcanzar un elevador o a algún pobre imbécil no contagiado que ha salido a la calle sin una pistola en la mano. Le tenemos miedo a las pistolas. Por fortuna, un zombi controlaba el mercado de las armas en el país y restringió su venta a ciudadanos que no presentaran síntomas del contagio. Me cuenta, en uno de nuestros encuentros, que las ventas se fueron al cielo en cierto momento. Mucha desesperación e ignorancia, pienso yo. De alguna manera la tasa de suicidios en zombis se ha elevado considerablemente. Sucede que muchos sujetos no saben cómo lidiar con su nuevo estado y buscan una salida fácil.

Y estúpida, diría yo.

Porque si ha habido una ventaja de este estado, ha sido poder conseguir comida. Los zombis, contrario a las falacias de las películas, gustamos de muchos tipos de manjares. En lo particular, soy uno de los que le huyen a las tradiciones hollywoodezcas de comer cerebros o partes humanas. No. Desde hace unos meses me he unido a un grupo de amigos que fueron vegetarianos en su vida anterior y desde entonces la he pasado de lujo. No más grasas

animales, por favor. Así que hemos implementado diversos comedores comunitarios en los que los hermanos putrefactos pueden acudir a alimentarse de comida orgánica y de buenos beneficios para su nuevo ser. Estudios recientes indican que la ingesta de frutas y verduras le da consistencia a nuestra piel, de por sí frágil, y de alguna forma logra recuperar algo de su lozano color; así que no tenemos que ser el cliché del muerto viviente con los pedazos de carne podrida cayéndosele del cuerpo. No señor. Los infectados de la nueva generación queremos proyectar otra imagen. A veces miro con tristeza a todos mis colegas zombis. Me siento en la silla de mi oficina y veo desde la ventana. Allá abajo, algunos han decidido optar por la barbarie. Los que añoran la imagen del zombi salvaje salen a la caza de los pocos humanos que quedan. Así que algunos zombis se han dado a la tarea de formar asociaciones que protejan la vida de los no portadores. Difícil labor de convencimiento. Ir de puerta en puerta, sobre todo los domingos, para convencerlos de que hay un mundo mejor y que ellos pueden ser los elegidos. Que no se conviertan en comida de los incivilizados muertos vivientes que tienen al borde del colapso a nuestra bella sociedad.

En casa de mamá las cosas no han sido fáciles. Mi viejita, encerrada en su casa a piedra y lodo, a veces me deja entrar para saludarla desde el portón y lanzarme alguno de sus discursos de odio que tan bien ha aprendido en la iglesia. Le echa la culpa a otras religiones, al SIDA, a los negros y al maldito de Hernán Cortés. Luego me recomienda ir con un excelente doctor que me dará unos chochos y listo. Como nuevo, dice mi madre.

Las tardes de un muerto viviente tienen su lado de nostalgia. De vez en cuando, un ave cruza el cielo y todos nos detenemos para mirarla. Desde mi oficina, todos esos malditos zombis asemejan un gran plantío de verdolagas echadas a perder. Puedo ver el lento ir y venir de los que fueron mis amigos, compañeros y una que otra amante

que pasea despistada por las calles de la ciudad. Pienso en la inevitable ventaja de no morir y pasar el resto de mis días atrapado bajo una pestilente masa que cada día se descompone más. Algunos trucos de belleza ya no funcionan a ciertas edades.

El taxista me pregunta a dónde quiero que me lleve.

La verdad es que el pobre se ha quedado sin brazos y su taxi lleva años que no funciona. Aquí suelo almorzar mis verduras. Me gusta saber que hay cosas que nunca cambiarán y uno las podrá seguir disfrutando. Quizá por otros cien años. Hasta que los vivos regresen o los muertos nos hartemos de esta vida y lentamente nos unamos al club de los muertos suicidas. Ser un muerto viviente tiene sus ventajas, y conforme han pasado los días han dejado de preocuparme algunos esquemas de la sociedad.

Por eso aflojo un poco la corbata.

Me quito el saco y veo al tonto de mi jefe, que de vez en cuando sale de su oficina y pide el mismo reporte de ventas. Me gusta pensar que nadie le hará caso. Que nadie más atenderá a protocolo alguno en esta oficina. Que tendremos buena vista, buena comida y buen sueldo de aquí a la eternidad.

Pequeños actos de magia

*The cat's in the well, leaves are starting to fall.
Goodnight, my love, may the Lord have mercy
on us all.*

Bob Dylan

Para el truco de los gatos, Mariana pedía al público que guardara silencio.

A continuación una luz blanca llenaba el escenario y todas las luces secundarias se apagaban. En el sonido local se escuchaba una canción de Bob Dylan, en la que una guitarra sonaba un poco desafinada y la voz del rockero se escuchaba particularmente temblorosa.

El truco era un tanto complicado:

Mariana sostenía a dos gatos en una mano mientras al tercero lo arrojaba hacia arriba. En una maniobra ensayada, la chica lanzaba a los otros dos gatos, que hacían un par de piruetas antes de aterrizar sobre el escenario en dos patas, entrelazar las restantes y cachar al gato que caía sobre ellos. El gato que caía llevaba un sombrero y un traje que no tenía puestos al principio. ¡Alakazam! Los otros dos felinos, además, hacían la pose teatral de las asistentes de mago, señalando hacia el elegante minino que descansaba entre ellos. El público estallaba, eufórico. Mariana levantaba a los gatos y el telón descendía dando fin a la función.

El asunto era espectacular. Sobre todo tratándose de una pequeña carpa que hacía sus funciones de pueblo en

pueblo o de ciudad en ciudad, sin el apoyo de las grandes empresas circenses o conglomerados comerciales. Los cuatro viajaban tras el convoy de los demás artistas, en una combi del sesenta y ocho que aún lucía algunas flores pintadas a mano en el exterior, herencia de su paso por los setenta. Sus pocas pertenencias estaban guardadas en un baúl café, con unas letras doradas que decían: Mariana y sus gatos mágicos.

–Nunca me ha gustado el asunto de que piensen que somos mágicos –decía Otto, el gato persa que era lanzado por los aires en el truco–. La verdad es que no hacemos magia y es triste que después de tantos años nadie nos lo reconozca.

Los otros, incluida Mariana, lo miraban con cara de hastío. No había noche en que Otto no se quejara de las malas condiciones del lugar, del poco reconocimiento, de los lugares pulgosos donde se presentaban, de lo cansado que era el transporte y de la mala calidad de las carreteras del país. Snow y Christmas, los dos gatos blancos que completaban el truco, solían hablar poco y se la pasaban jugando cartas entre ellos durante los largos viajes. Para complacerlos y aligerar los tiempos muertos, Mariana ponía una y otra vez los discos de Bob Dylan que había conseguido en el tianguis del Chopo, una tarde que dieron una función antes de una tocada de bandas de rock en la que tuvieron bastante éxito.

–Bob Dylan nació en Duluth, Minnessota, igual que nosotros –decía Snow–. Creo que si diéramos una función por allá nos iría de lo mejor.

–No lo sé, hermano –refunfuñaba Christmas–. Creo que hemos perdido la resistencia al frío. Sobre todo después de aquella temporada en Acapulco.

La gira por el estado de Guerrero se vio interrumpida por protestas de grupos por la protección animal, que pedían la prohibición del uso de animales en circos. La última tarde la función se vio interrumpida por unos chicos

que quisieron robarse a los gatos de Mariana, a una cebra que bailaba tap y al elefante cuyo único truco era quedarse dormido mientras dos payasos enanos hacían una rutina sobre su espalda.

Al final del día, la combi circulaba por la carretera libre hacia la ciudad de México, y los gatos escuchaban *Blowin' in the wind* mientras se daban un baño de lenguas rasposas. Otto se quejaba del clima. Mariana iba, como siempre, en silencio. Miraba de vez en cuando por el espejo retrovisor y se aseguraba de que sus mininos estuvieran bien. Le preocupaba la constante presión de grupos que pensaban que sus felinos eran maltratados. No hallaba el modo de decirles que se trataba de una relación profesional, y soñaba con el modo de que el mundo escuchara de voz de los propios gatos que tan sólo querían que los dejaran trabajar en paz.

Los había encontrado en un callejón, cerca de la frontera con Estados Unidos, donde platicaron de las cosas que les gustaba hacer, de la mala suerte de Mariana en su incursión en la magia, del mal humor de Otto y de lo que el futuro podría traer para un grupo de cuatro perfectos inadaptados amantes del rock and roll. Así empezaron a viajar juntos. Canciones. Risas. Trucos fallidos. Grandes aplausos cuando el gato persa dejó de quejarse y aceptó ser lanzado por los aires. Éxito.

El micifuz llamado Otto era el más viejo de los tres. A menudo alegaba de cualquier cosa, hacía gestos y se acurrucaba al fondo de la combi, desde donde veía la carretera perderse en el horizonte. No era fanático de Bob Dylan. Decía que en todas sus vidas nunca había escuchado a un cantante tan malo y prefería dormir a escuchar sus grandes éxitos una vez más. Aunque también aseguraba ser feliz y haber encontrado, por fin, una familia.

Pero su mundo de magia no fue color de rosa.

Una noche, después de una función en la ciudad de México, cien personas rodeaban la combi. No había flores

coloridas en el horizonte. La escena parecía sacada de una vieja película del oeste, donde los villanos eran una chica y sus tres mininos, y los linchadores eran chicos y chicas con iPads que habían convocado al rescate de unos felinos desde el anonimato de las redes sociales. Mariana y sus gatos se refugiaron en la azotea de un edificio de oficinas, a donde siguieron al payaso que hacía el truco de desaparecer a la esposa, y que era perseguido por el marido que se mezclaba entre la turba que quería rescatar a los animales. Allí, rodeados, ninguna explicación fue suficiente para los que sujetaban a la muchacha mientras ponían en jaulas a Snow y Christmas, agotados de escaparse entre manos sudorosas con antorchas en las pantallas de teléfonos de última generación.

–¡Somos los gatos mágicos de Mariana! –gritaban los blanquecinos mininos, pero nadie les hacía caso.

Entonces Otto decidió lanzarse al vacío.

Estaba cansado. Ante la mirada de los allí presentes, el viejo gato persa no dudó y decidió terminar así con todos los problemas. Pudo ver a Mariana, que lo veía caer y, en medio del caos, le sonreía. En pleno descenso, Otto llevaba ya puesto un diminuto sombrero de copa y un elegante traje hecho a la medida. Pensaba que ese momento del truco en el que aquella chica de ojos cafés lo lanzaba al aire era lo mejor que le había pasado en todas sus vidas anteriores. Era feliz de tener una familia. A la larga, estaba seguro de que eran esos pequeños actos de magia los que la gente realmente no lograría entender nunca. Le guiñó un ojo a Mariana. Pensó en Snow y Christmas. Le vino a la mente una canción desafinada de Bob Dylan, y simplemente se dejó llevar.

¡Alakazam!

Un agujero diminuto en la pared

Creo en la existencia de los duendes, pero procuro no hablar mucho de eso. Prefiero evitar el tema porque siempre me hace quedar mal. Apenas le cuento a alguien de la existencia de alguno de ellos y no vuelven a visitarme en meses. Los pequeños bastardos. Les tengo un cariño especial, excepto cuando es la época del mes en que necesitan abastecer su alacena y empiezan a robarme cosas. El mes pasado les dio por secuestrar al gato. El felino se llamaba Señor Kawamura. Un digno apellido oriental.

El lindo Kawamura era serio y valiente como todo un guerrero samurái. Cuando los duendes se lo llevaron ni siquiera maulló para pedir ayuda. Vinieron cinco de esos pequeños hombrecitos y lo cargaron con una facilidad pasmosa. Yo leía un libro de cuentos y apenas puse atención al rapto. Lo confieso. Los miré alejarse por un rincón del cuarto hasta encontrar un agujero diminuto en la pared. Por allí pasaron de uno en uno. Luego, con una cuerda, jalaron a la mascota hasta cruzar por la grieta. El minino me miró con aires de resignación hasta perderse de vista.

Días después regresaron los duendecillos. A veces, aún dormido, escucho sus pequeños pies trastabillar entre los libros. Se insultan en voz baja cuando algo sale mal, pero son generalmente muy organizados. No dejan huella de nada. Al parecer esta temporada debían almacenar más comida que la de costumbre. Sospecho que en las épocas de vientos fuertes necesitan más alimento. Lo digo

porque esa vez se llevaron a mi mujer. Ella tampoco opuso gran resistencia. De alguna manera sabía que la cosa tenía que ser así y se dejó llevar. Esa ocasión fueron diez los pillos. Semidormido, me di cuenta de todo pero apreté los ojos para no hacer ruido. Mi señora, tan cansada la pobre, ni siquiera se daba cuenta de lo que ocurría hasta que la pasaron por el agujero.

De unos meses para acá el departamento ha estado de lo más tranquilo. Aunque los domingos en la tarde me da por extrañar a mi gente. A veces transmiten cosas en la tele que quisiera comentar con alguien y ella ya no está. Tampoco Kawamura. Los duendes sí. Se sientan en el sillón y se adueñan del control remoto para buscar sus programas preferidos. Les gusta ver canales de noticias desastrosas y se desternillan de risa. Preparan palomitas de maíz en el horno de microondas. Cuando se aburren simplemente desaparecen por el resquicio de la pared.

Si me asomo al agujero por donde se escabullen oigo el bullicio de su pequeña ciudad. En ocasiones paso noches enteras escuchando su fiesta y muero de risa con los chistes que se cuentan por las callecitas de Ciudad Duende. Son unos malditos comediantes. He pensado que las cosas no pueden seguir siempre así. En una pequeña bodega guardo una gruesa manguera. Sería cuestión de abrirla a máxima presión y dejarlos ahogarse lentamente. Mueran pequeños bastardos. Sin embargo cuando estoy a punto de hacerlo pienso en mi amor y en el pobre de Kawamura que no sabe nadar. Tengo la esperanza de que sigan vivos y los enanos los necesiten para ayudarlos a cargar cosas, o quizá divertirse con ellos sin hacerles ninguna maldad. Eso es lo que pienso. O eso es lo que deseo.

Los meses han pasado y he olvidado ir al trabajo. El teléfono lleva días desconectado y la chapa de la puerta ya no

funciona. Estoy encerrado. Hay más duendes de lo normal. Ya no uso el control de la tele. Ahora me gustan un tanto más los programas de noticias y mi labor del día consiste en preparar la comida para mis huéspedes. Estoy siempre al servicio de ellos. A veces vienen cuando estoy dormido y pienso que van a llevarme. Pero no lo hacen. Así que espero. Me gustaría volver a ver a mi mujer. También al bueno de Kawamura. Quizá un día me roben los duendes. No diré que no me asusta. Pero les tengo un cariño especial.

P.D. Lista encontrada en el agujero diminuto de la pared:

- 1.- Amor, estamos bien.
- 2.- Kawamura ha aprendido a nadar.
- 3.- Los martes comemos sopa.
- 4.- Te extraño.
- 5.- Son demasiados.
- 6.- No creo volver.
- 7.- Kawamura te extraña.
- 8.- Me gusta aquí.
- 9.- Debemos estar juntos.
- 10.- Esta noche irán por ti.